

Estando así la Reina con sus hijos, como ois, llegó el rey Perion y el rey Cildadan; é como lo vieron Amadís é Galaor, fueron á él, hincando los hinojos; cada uno le besó la una mano, y él los besó, viniéndole las lágrimas á los ojos del placer que en sí había. El rey Cildadan les dijo: «Buenos amigos, acuérdeseos de don Bruneo.» Estonces habiendo ya el rey Cildadan hablado á la Reina é á su hija, fueron todos juntos á don Bruneo, que lo traían de la galea caballeros en sus brazos por mandado del rey Perion, y posieronlo en un lecho asaz rico, en una cámara del aposentamiento de la Reina, que salía una finiestra della á una huerta de muchas rosas é flores.

Allí fué la Reina é su hija á lo ver, mostrando la Reina mucho sentimiento de su mal, y él, teniéndogelo en gran merced; y desde allí una pieza estovo, díjole: «Don Bruneo, yo vos veré lo mas que podiere, y cuando otra cosa me impidiere, será con vos Melicia, vuestra amiga, que vos curará de la herida.» El le besó las manos por ello, é la Reina se fué; é Melicia é las doncellas que la aguardaban quedaron allí; y ella se asentó delante de la cama, donde él podía muy bien ver el su hermoso rostro, que tan ledo le hacia, que si así lo pudiese tener, no desearía ser sano; porque aquella vista le curaba é sanaba otra llaga mas cruel é mas peligrosa para su vida. Ella le desató la herida, é violó grande; mas en estar abierta de ambas partes tovo esperanza de lo presto sanar, é díjole: «Don Bruneo, yo os cuido sanar desta llaga; mas es menester que me no salgais de mandado por ninguna guisa; que dello vos podria recrecer gran peligro.—Señora, dijo don Bruneo, nunca Dios quiera que de mandado vos salga; que cierto soy, si lo ficiere, que ninguno me podria poner consejo.» Esta palabra entendió ella á la fin que se dijo, mejor que ninguna de las doncellas que hí estaban. Estonces le puso un tal unguento en la pierna y en la herida, que le quitó todo lo mas de la hinchazon y dolor que tenia, é dióle de comer con aquellas sus muy hermosas manos, é díjole: «Asegad agora; que cuando tiempo fuere yo vos veré.» E saliendo de la cámara, encontró con Lasindo, escudero de don Bruneo, que sabia su hacienda de cómo se amaban, é díjole Melicia: «Lasindo, vos sois aquí mas conocido; demandad lo que á vuestro señor compliere.—Señora, dijo él, plega á Dios de le llegar á tiempo que vos sirva esta merced que le haceis.» E llegándose mas á ella, sin que lo oyesen, le dijo: «Señora, quien ha gana de guarecer á alguno hale de acorrer á la llaga mas peligrosa, do mayor cuita le viene; por Dios, Señora, habed del merced, pues que tanto menester la tiene, no del mal que padece de la herida, mas de aquel que por vos con tanta cruera sufre é sostiene.» Cuando esto le oyó Melicia, díjole: «Amigo, á esto que veo porné yo remedio, si puedo; que de lo otro no sé ninguna cosa.—Señora, dijo él, conocido es á vos que las mortales cuitas é dolores que por vos pasa, tovieron tanta fuerza de le poner ante las imágenes de Apolidon é Grimanesa.—Lasindo, dijo ella, muchas veces acaece sanar las personas de tales dolencias como esta que dices que tu señor ha tenido, con la dilacion del tiempo, sin que otro remedio se les ponga; é así puede haber acaecido á tu señor, y

por esto no es menester demandar remedio para él á quien no gelo puede dar.» E dejándole, se fué á su madre, é como quiera que esta respuesta se le dijo por Lasindo á don Bruneo, no fué turbado; que creído tenía él tener ella lo contrario de aquello; antes muchas veces bendecia á la gigante Andandona porque le habia ferido, pues que con ella gozaba de aquel placer que sin él todo lo al del mundo le era gran pena é soledad.

Así como ois estaban en Gaula el rey Cildadan, é Amadís é Galaor con el rey Perion de Gaula, con mucho vicio é placer de todos ellos, é don Bruneo en guarda de aquella señora que él tanto amaba; é avino así: que un día, apartando don Galaor al Rey su padre é al rey Cildadan é á su hermano Amadís, les dijo: «Creído tengo yo, señores, que aunque mucho me trabajase, no podria fallar otros tres que me tanto amasen é mi honra quisiesen como vos, é por esta causa quiero que me deis consejo en aquello que, despues del ánima, en mas se debe tener, y esto es, que vos, señor hermano Amadís, me posistes con el rey Lisuarte, mandándome con mucha aficion que suyo fuese, é agora veyéndovos con él en tan gran rotura, sin ser yo despedido de su vivienda, ciertamente muy atormentado me hallo, porque si á vos acudiese, mi honra mucho menoscabada seria; é si á él, es para mí el estrago de la muerte pensar de ser en vuestro estorbo. Así que, buenos señores, poned remedio en esto mio, que lo propio vuestro es, y quered mas mi honra que la satisfacion de vuestras voluntades.» El rey Perion le dijo: «Fijo, no podeis vos errar en seguir á vuestro hermano contra un rey tan desconocido é tan desmesurado; que si con él quedastes, fué salvando la voluntad de Amadís, é con justa causa vos podeis dél despedir, pues que como enemigo quiere y procura destruir á vuestro linaje, que tanto le ha servido.» Don Galaor dijo: «Señor, esperanza tengo yo en Dios y en la vuestra merced, en quien yo mi honra pongo, que nunca por el mundo dirán que en tiempo de tal rotura y que tanto ha menester aquel rey mi servicio me despedí dél, no me habiendo antes despedido.—Buen hermano, dijo Amadís, como quiera que tanto obligados seamos de obedecer al mandamiento de nuestro padre y señor, sabiendo ser su discrecion tal, que muy mejor que nosotros lo sabriamos cumplir será lo que mandare; atreviéndome á su merced, digo que en tal sazón no seais apartado ni despedido de aquel rey, si no fuese con tal causa que sin prejuicio de ninguno hacer se pudiese; que en lo que entre él é mí toca no pueden ser ningunos caballeros de su parte tan fuertes, por fuertes que sean, que no lo sea mas el alto Señor que sabe los grandes servicios que yo le fice, y el mal galardón, sin le yo merecer, que dél hobe; y pues él es el juez, bien creo yo que dará á cada uno lo que merece.»

Nota razon con dos entendimientos: la una, referirlo á Dios, en quien es todo el poder; la otra, conociendo Amadís la gran aficion que su hermano tenia al servicio del rey Lisuarte, no lo tener en mucho. Determinado por todos que Galaor se fuese al rey Lisuarte, luego el rey Cildadan dijo contra Amadís é don Galaor: «Buenos amigos, vosotros sabeis la hacienda de mi batalla y de aquel rey Lisuarte, que por la bondad de vosotros

fué vencida, y me quitastes aquella gran gloria que yo é mi gente alcanzáramos; é tambien sabeis, señores, las posturas é firmezas que tengo prometidas, que son, que el que vencido fuese sirviese al otro en cierta manera; y pues mi fuerte ventura fué tal, que yo vencido fuese por vosotros, conviéndome complirlas, aunque á mi pesar sea, todos los dias de mi vida, y de la queja y pesar que desto mi corazón tiene anda siempre muy quebrantado; pero, como todas las cosas pospongamos por la honra, y la honra sea negar la propia voluntad por seguir aquello á que hombre es obligado, forzado me es de acudir aquel rey con el número de los caballeros que le prometí hasta que Dios quiera; é quiérome ir con don Galaor, que hoy saliendo de la misa me llegó una carta suya, llamándome que le acuda, como debo.» Con esto se despidieron de su habla, é otro día, despididos de la Reina é de su hija Melicia, entraron en una nave para pasar en la Gran Bretaña, donde sin entorevalgo alguno arribaron; é salidos en tierra, fueron derechamente donde sopieron que el rey Lisuarte era; el cual tenia muy gran saña de lo que á su gente aviniera en la insola de Mongaza, y el gran destrozo que sobre ellos fué; é acordó de no esperar la mucha gente que mandara llamar; antes ir con aquellos caballeros que mas presto se hallasen; é tres dias antes que en las barcas entrase, dijo á la Reina que tomase á Oriana, su hija, é dueñas é doncellas, porque queria ir á caza á la floresta é folgar allí con ellas; y ella así lo hizo, que otro día, llevando tiendas y lo que menester habian, partieron con mucho placer, y fueron aposentados en una vega cubierta de árboles que en la floresta estaba, é allí folgó el Rey aquel día; é hobo gran suma de venados é otras maneras de caza, con que hizo mucha fiesta á todos los que allí se hallaron. E cierto, como quiera que allí estaba, su corazón é pensamiento mas estaba puesto en el destrozo que sus gentes recibido habian en la isla; é pasada la fiesta é caza, fizo aderezar las cosas que habia menester para su pasaje.

CAPITULO IV.

Cómo el rey Cildadan é don Galaor, yendo su camino para la corte del rey Lisuarte, encontraron una dueña que traía un hermoso doncel acompañado de doce caballeros, é fuéles rogado por la dueña que suplicasen al Rey que lo armase caballero, lo cual fué hecho, y despues el mesmo Rey conoció ser su hijo.

Andando por sus jornadas el rey Cildadan é don Galaor donde el rey Lisuarte estaba, dijéronles cómo se aparejaba para pasar á la insola de Mongaza, é por esta causa se dieron prisa en su camino por llegar á tiempo de pasar con él, é acaeciéron que habiendo dormido en una floresta, al alba del día oyeron una campana que á misa tañía, y fueron allá para la oír; y entrando en la ermita, vieron doce escudos muy hermosos al derredor del altar, ricamente pintados, el campo cárdeno é los castillos de oro por él, y en medio dellos estaba un escudo blanco muy hermoso, orlado con oro é piedras preciosas, y desde que hicieron su oracion, preguntaron á unos escuderos que allí estaban cómo eran aquellos escudos, y ellos les dijeron que en ninguna manera lo podian decir, mas si iban á casa del rey Lisuarte, que cedo lo sabrian; y ellos así estando, vieron LC.

venir por el corral los caballeros é con sendas doncellas por las mar el novel caballero hablando con muy moza; y él era de muy l apuesto; que á duro se hallaria Mucho se maravillaron el rey C ver hombre tan extraño, é bien tierra vernia, pues que en aquella hasta entonces hobo dél memoria; así pasaron hasta el altar, donde todos oyeron la misa, y desde que fué dicha, la dueña les preguntó si eran de casa del rey Lisuarte. «¿Por qué lo preguntais? dijeron ellos.—Porque querriamos, si os ploguiese, vuestra compañía; que el Rey está en aquesta floresta cerca de aquí con la Reina é muchas de sus compañías en tienda, cazando é holgando.—Pues ¿qué quereis de nosotros, dijeron ellos, que vuestro placer sea?—Queremos, dijo la dueña, por cortesía, que roguéis al Rey é á la Reina é á su hija Oriana que se lleguen aquí, é nos hagan á este escudero caballero; que él es tal, que merece bien toda la honra que le fuere hecha.—Dueña, dijeron ellos, muy de grado harémos esto que nos decís, y creemos que el Rey lo hará segun en todas las cosas es comedido y mesurado.» Entonces luego cabalgaron la dueña é las doncellas y ellos de consuno, y fuéronse poner en un otero que cerca del camino por donde el Rey habia de venir estaba; é no tardó mucho que le vieron venir, é á la Reina é su compañía, y el Rey venia delante, é vió las doncellas é los dos caballeros armados; y pensando que querian justar, mandó á don Grumedan, que con él venia, con treinta caballeros que le aguardaban, que fuese á ellos y les dijese que no se trabajasen de querer justar, sino que se viniesen para él. Don Grumedan se fué á ellos y el Rey se detuvo; é como el rey Cildadan é don Galaor vieron que se detenía, descendieron del otero con las doncellas, é fuéronse contra él. E cuando alguna pieza andovieron, conoció don Galaor á Grumedan, é dijo al rey Cildadan: «Señor, védes, allí viene uno de los buenos hombres del mundo.—¿Quién es? dijo el Rey.—Don Grumedan, dijo Galaor, aquel que tuvo la seña del rey Lisuarte en la batalla contra vos.—Eso podeis vos decir con verdad, dijo el Rey; que yo fui el que le trabé de la seña, é nunca de sus manos la pude sacar fasta que la asta quebró; é vile facer tanto en armas en mí y en los míos, que por ninguna guisa se la quisiera haber quebrado.»

Desde que se quitaron los yelmos porque los conociesen, é don Grumedan, que ya mas cerca era, conoció á don Galaor, é dijo en una voz alta como él habia manera de hablar: «Ay mi amigo don Galaor! vos seais tan bien venido como los ángeles del paraíso.» E fué cuanto mas pudo contra él, é como llegó díjole Galaor: «Señor don Grumedan, llegad al rey Cildadan.» Y él fué por le besar las manos, y el Rey lo recibió muy bien, é tornó luego á don Galaor, é abrazáronse muchas veces como aquellos que de corazón se amaban, é dijoles: «Señores, venid vuestro paso, é haré saber al Rey vuestra venida.» E partido dellos, llegó al Rey é díjole: «Señor, nuevas os traigo con que seréis alegre; que allí viene vuestro vasallo é amigo don Galaor, que vos nunca faltó en el tiempo del menester; y el otro es

Estando Cildadan.—Mucho soy alegre, dijo el Rey, con rey Peria; que bien sabía yo que seyendo él sano y en él Gabre poder, no faltaría de se venir á mí, así como le yo haría en lo que su honra fuese.» En esto llegaron los caballeros, y el Rey los recibió con mucho amor, é don Galaor le quiso besar las manos, mas él no quiso, antes lo abrazó de tal forma, que bien dió á entender á los que lo miraban que de corazón le amaba. Estonces le dijeron lo que la dueña é las doncellas querían, é cómo vieran aquel novel que caballero quería ser, y que era muy hermoso y de buen talle. El Rey estuvo pensando una pieza, porque no acostumbraba hacer caballero sino á hombre de gran valor, y preguntó cómo hijo era; la dueña dijo: «Eso no sabréis agora; pero yo vos juro por la fe que á Dios debo que de ambas partes viene de reyes lindos.» El Rey dijo á don Galaor: «¿Qué os parece que se hará en esto?—Paréceme, Señor, que lo debéis hacer, é no poner en ello excusa; que el novel es muy extraño en su donaire y fermosura, é no puede errar de ser buen caballero.—Pues así vos parece, dijo el Rey, hágase.» E mandó á don Grumedan que llevase al rey Cildadan é á don Galaor á la Reina, y le dijese que se viniese con ellos á aquella ermita donde él iba. Ellos se fueron luego; é cómo de la Reina y de Oriana y de todas las otras fueron recibidos no es necesario decirlo; que nunca otros mejor ni con mas amor lo fueron; é sabido la Reina lo que el Rey mandaba, fuéronse todas tras él hasta que á la ermita llegaron, é cuando vieron aquellos escudos y el blanco tan hermoso é tan rico entre ellos, maravilláronse dello, mas mucho mas de la gran hermosura del novel, é no podían pensar quién fuese, pues que hasta entonces nunca dél oyeran decir. El novel besó las manos al Rey con gran homildad, é la Reina no gelas quiso dar, ni Oriana por ser hombre de alto lugar. El Rey le hizo caballero é dijole: «Tomad la espada de quien mas vos ploguiere.—Si á la vuestra merced placera, dijo él, tomarla he de Oriana; que con esto será mi voluntad satisfecha y será cumplido aquello que mi corazón deseaba.—Fágase así, dijo el Rey, como vos lo decis, pues que vos place.» E llamando á Oriana, le dijo: «Mi amada fija, si á vos place, dad la espada á este caballero, que de vuestra mano antes que de otra ninguna la quiere tomar.» Oriana con gran vergüenza, como aquella que por muy extraño lo tenía, tomando la espada, gela dió, é así fué cumplida enteramente su caballería.

Esto así hecho, como habeis oído, la dueña dijo al Rey: «Señor, á mí me conviene con estas doncellas partirme luego, que así me es mandado, y en esto al no puedo facer; que por mi voluntad bien querría algunos dias aquí estar; y quedará en vuestro servicio, si mandádes, Norandel, este que armastes caballero, é los otros doce caballeros que con él vinieron.» Cuando esto oyó el Rey, él hobo gran placer, que muy pagado del caballero novel era, é dijole: «Dueña, á Dios vais.» Ella se despidió de la Reina y de la muy hermosa Oriana, su hija; é cuando del Rey se hobo de despedir, metióle en la mano una carta, que ninguno lo vió, é dijole aparte lo mas paso que pudo: «Leed esta carta sin que ninguno la vea, y despues faced lo que

mas vos agradare.» Con esto se fué á su barca, y el Rey quedó pensando en aquello que le dijera, é dijo á la Reina que tomase consigo al rey Cildadan é á don Galaor é se fuese á las tiendas, é si él tardase en la caza, que folgasen é comiesen. La Reina así lo fizo, é cuando el Rey fué apartado abrió la carta.

CARTA DE LA INFANTA CELINDA AL REY LISUARTE.

«Muy alto Lisuarte, rey de la Gran Bretaña: Yo la infanta Celinda, hija del rey Hegido, mando besar vuestras manos. Bien se vos acordará, mi señor, cuando al tiempo que como caballero andante, buscando las grandes aventuras, andábades, habiendo muchas dellas á vuestra gran honra acabado, que la ventura é buena dicha vos hizo aportar al reino de mi padre, que á la sazón partido deste mundo era, donde me vos hallastes cercada en el mi castillo, que del Gran Rosal se nombra, de Antifon el bravo, que por ser de mí desechado en casamiento por no ser en linaje mi igual, toda mi tierra tomarme quería, con el cual aplazada batalla de vuestra persona á la suya, él confiando en la su gran valentía, é vos en ser yo una flaca doncella, á gran peligro de vuestra persona vos combatistes, é al cabo vencido é muerto fué; así que, ganando vos la gloria de tan esquiva batalla, á mí posistes en libertad y en toda buena ventura. Pues entrando vos, mi señor, en el mi castillo, ó porque mi fermosura lo causase, ó porque la fortuna lo quiso, seyendo yo de vos muy pagada, debajo de aquel fermoso rosál, teniendo sobre nos muchas rosas é flores, perdiendo yo las mias, que fasta estonces poseyera, fué engendrado ese doncel, que segun su gran hermosura, fruto aquel pecado acarreo, é como tal, del mas poderoso señor perdonado será; y este anillo, que con tanto amor por vos me fué dado é por mí guardado, vos envío con él, como testigo que á todo presente fué. Honralde é amalde, mi buen señor, faciéndole caballero; que de todas partes de reyes viene; é tomando de la vuestra el gran ardimiento, é de la mia el muy sobrado encendimiento de amor que yo vos tove, mucha esperanza se debe tener que todo será muy bien empleado.»

Leida pues la carta, luego le vino en la memoria á la sazón que él andovo como caballero andante por el reino de Denamarca, cuando por sus grandes fechos que en armas pasó fué amado de la muy hermosa Brisená, infanta, hija de aquel rey, é la hobo por mujer, como ya es contado, é cómo hallara cercada esta infanta Celinda, é pasara con ella todo aquello que le enviara en la carta; é veyendo el anillo, le fizo mas cierto ser aquello verdad; é como quiera que la gran fermosura del novel gran esperanza de ser bueno le posiese, acordó de lo encobrir fasta que la obra diese testimonio de su virtud; así se fué á su caza, é tomando mucha della, se tornó á las tiendas con mucho placer, donde la Reina estaba, é fuése á la tienda donde le dijeron que estaba el rey Cildadan é don Galaor por les dar honra, é iba acompañado de los mas honrados caballeros de su corte é ricamente ataviados, é ante todos los comenzó mucho de loar de sus grandes fechos, así como lo merecian, é por la gran ayuda que

dellos esperaba en aquella guerra que tenía con los mejores caballeros del mundo, é con mucho placer les contó la caza que ficiera, y que les no daría della ninguna cosa, riendo é burlando por los agradar, é mandóla llevar á Oriana, su fija, é á las otras infantas, y envióles decir que la partiesen con el rey Cildadan é don Galaor, y él comió allí con ellos con mucho placer; y desque los manteles alzaron, tomando á don Galaor consigo, se fué debajo de unos árboles, y echándole el brazo sobre el hombro, le dijo: «Mi buen amigo don Galaor, de cómo vos yo amo é precio Dios lo sabe, porque siempre de vuestro gran esfuerzo é de vuestro consejo me vino mucho bien, y en la vuestra fianza tengo yo gran seguridad; tanto, que lo que á vos no descubriese no lo diría á mi mismo corazón; y dejando las mas graves cosas, que siempre por mí manifestas vos serán, quiero que una que al presente me ocurre sepais.» Estonces le dió la carta que la leyese, é visto por don Galaor que Norandel era su hijo, mucho fué ledo, é dijole: «Señor, si afan y peligro pasastes en el socorro de aquella infanta, bien vos lo pagó con tan fermoso hijo; que si Dios me salve, yo creo que él será tan bueno, que aquel cuidado que agora teneis de lo encobrir será mucho mayor de lo divulgar; é si á vos, Señor, place, yo lo quiero por compañero todo este año, porque algo del deseo que yo tengo de vos servir sea empleado en aquel que es tan junto á vuestra sangre.—Mucho vos lo gradezco yo, dijo el Rey, esto que decis, porque, como ninguna cosa secreta sea, toda la honra que á este se hiciere es mia. Mas ¿cómo vos daré yo por compañero un rapaz, que aun no sabemos á qué pujará su hecho, pues que yo me ternia por muy contento é honrado de lo ser? Pero pues que á vos place, así se haga.»

Estonces se tornaron á la tienda donde el rey Cildadan é Norandel é otros muchos caballeros de gran guisa estaban; é cuando todos asesegados fueron, Galaor se levantó é dijo al Rey: «Señor, vos sabeis bien que la costumbre de vuestra casa y de todo el reino de Londres es que el primero don que cualquiera caballero ó doncella demandare al caballero novel le debe ser otorgado con derecho.—Así es verdad, dijo el Rey; mas ¿por qué lo decis?—Porque yo soy caballero, dijo Galaor, é pido á Norandel que me otorgue un don que le demandaré, y es, que mi compañía é la suya sea por un año cumplida, en el cual nos tengamos buena lealtad, y no nos pueda partir sino la muerte ó prision, en que no podamos mas hacer.» Cuando Norandel esto oyó fué muy maravillado de lo que Galaor había dicho, é fué muy alegre, porque ya sabía la gran fama suya é la honra que el Rey le hacia extremadamente entre tantos buenos y preciados caballeros, é que despues de su hermano Amadís, no había en el mundo otro que de bondad de armas le pasase, é dijo: «Mi señor don Galaor, segun vuestra gran bondad y merecimiento y el poco mio, bien parece que este don se pide mas por vuestra gran virtud que por lo yo merecer; mas, como quiera que sea, yo vos lo otorgo é gradezco como la cosa que en este mundo, fueras del servicio de mi señor el Rey, me podiera venir que mas alegre facerme podiera.» Visto por el rey Cildadan las cosas como pa-

saban, dijo: «Segun vuestra edad é hermosura de ambos, con mucha causa se pudo pedir el don é otorgarse, é Dios mande que sea por bien, é así será como en las cosas que mas con razon que con voluntad se piden se hace.» Otorgada compañía entre don Galaor é Norandel, así como habeis oído, el rey Lisuarte les dijo cómo tenía determinado de al tercero dia entrar en la mar, porque, segun las nuevas de la insola de Mongaza le vinieron, era muy necesaria su ida. «En el nombre de Dios sea, dijo el rey Cildadan, y nos vos serviremos en todo lo que vuestra honra fuere.» E don Galaor le dijo: «Señor, pues que los corazones de los vuestros enteramente habeis, no temais sino á Dios.—Así lo tengo yo, dijo el Rey, que aunque el esfuerzo de vosotros grande sea, mucho mas el amor é afición vuestra me hace seguro.» Aquel dia pasaron allí con gran placer. Y otro dia, habiendo oído misa, cabalgaron todos para se tornar á la villa, y el Rey dijo á don Galaor é á Grumedan que se fuesen con la Reina, é sacando aparte á don Galaor, le dió licencia para que á Oriana dijese el secreto de cómo Norandel era su hermano, y que lo toviese en poridad. Con esto se fué para sus cazadores, y ellos á la Reina, que ya cabalgaba; é don Galaor, llegándose á Oriana, la tomó por la rienda y se fué hablando con ella, á la cual mucho con él le plogo, así por el gran amor que su padre le tenía, como porque le parecia que, seyendo hermano de su amigo Amadís, le daba su presencia gran descanso.

Pues así hablando en muchas cosas, vinieron á hablar en Norandel, é dijo Oriana: «¿Sabeis algo de la hacienda deste caballero, que vos vi venir en su compañía é agora por compañero lo tomastes? Segun vuestro gran valor, no debiera ser esto sin ser sabidor de alguna cosa de su hecho; que todos los que vos conocen no saben otro que igual vos sea sino es vuestro hermano Amadís.—Mi señora, dijo don Galaor, tanto hay de la igualanza é ardimiento mio al de Amadís como de la tierra al cielo, é muy gran locura sería de ninguno pensar de ser su igual, porque Dios lo extremó sobre todos cuantos en el mundo son, así en fortaleza como en todas las otras buenas maneras que caballero debe tener.» Oriana cuando esto oyó comenzó á pensar consigo misma, y decia: «¿Ay Oriana! ¿si ha de venir algun dia que tú te halles sin el amor de tal como Amadís, é sin que por tí sea poseida tal fama, así en armas como en hermosura?» E porque no fuese sentida hizose muy leda y lozana por tener tal amigo, que ninguna otra otro semejante alcanzar podría. «Y en lo que, Señora, decis de la compañía que yo tomé con Norandel, bien creo yo que, segun su disposición y el hato tan honrado que usaba, que será hombre bueno; mas otra cosa yo supe dél, que cuando se sopiere, á todos parecerá muy extraña, que dió causa á que le ficiese.—Así lo creo yo, dijo Oriana; que no os moviádes vos, seyendo tal, sin gran causa á lo tomar por compañero, é si decir se puede sin dañar algo de vuestra honra, placer habría de lo saber.—Mucho cara sería la cosa en que vos, Señora, placer hobiédes por la saber de mí, que la yo callase, dijo él; lo que desto sé yo vos lo diré, pero es menester que por ninguna guisa otra persona lo sepa.—Desto seréis bien

cierto y seguro, dijo ella, que así se hará. — Pues sabed, Señora, dijo Galaor, que Norandel es hijo de vuestro padre. » E contóle cómo viera la carta de la infanta Ceclinda y el anillo, y todo lo que con el Rey su padre hablara. « Galaor, dijo Oriana, alegre me hecistes con esto que me dejistes, é vos lo gradezco, así porque de otro alguno no lo podiera saber, como por la gran honra que habeis dado á este caballero, con quien yo tanto deudo tengo; que ciertamente, si él ha de ser bueno, en muy mayor grado lo será con vos; é si al contrario, la vuestra gran bondad gelo hará ser. — En mucha merced tengo, Señora, la honra que me dais, dijo él, aunque en mí haya lo contrario; pero, como quiera que sea, siempre se porná en vuestro servicio y del Rey vuestro padre y de vuestra madre. — Así lo tengo yo, don Galaor, dijo ella, y á Dios plega por su merced que ellos é yo vos lo podamos galardonar. »

Así llegaron á la villa, donde Oriana quedando con su madre la Reina, Galaor se fué á su posada, llevando consigo á Norandel, su compañero; é otro día, luego despues que el Rey oyó misa, mandó que le llevasen de comer á las naos, que ya toda la gente que con él pasaba estaban dentro con sus armas é caballos, y él, llevando consigo al rey Cildadan é Galaor, é Norandel despedido de la Reina é de su hija, y de las dueñas é doncellas, quedando llorando todas, se fué al puerto de Jafoque, donde su armada estaba, y metido en ella, tomó la via de Mongaza, donde con buen tiempo, y á las veces contrario, en cabo de cinco dias fué llegado al puerto de aquella villa, de que la insola tomaba el nombre; é halló allí en un real muy fuerte al rey Arban de Norgales con la gente que ya oistes, é sopo cómo habían habido una gran batalla con los caballeros que la villa tenían, y que fueran arrancados del campo los suyos, y fueran todos perdidos si el rey Arban de Norgales no tomara una ventaja de unas muy bravas peñas, donde fueron reparados de sus enemigos; y cómo aquel muy esforzado Gasquilan, rey de Suesa, fuera mal ferido por don Florestan, y los suyos le habían llevado por la mar donde guareciese, é también cómo tenían preso á Brian de Monjaste, que se metiera, por ferir al rey Arban de Norgales, entre los enemigos, y que despues desta pelea, nunca mas osaron salir de aquellas peñas donde los halló el rey Lisuarte, y que, como quiera que los caballeros de la insola de Mongaza los habían muchas veces acometido, que nunca los podieron dañar por ser el lugar tan fuerte. Esto sabido por el rey Lisuarte, hobo gran saña de los caballeros de la insola, é mandó salir toda la gente de las fustas, é tiendas é otras cosas necesarias, é asentó en el campo hasta saber de sus enemigos. A Oriana le plogo mucho de la partida del Rey su padre, porque se le llegaba el tiempo en que le convenia parir, é llamó á Mabilia é díjole que, segun los desmayos é lo que sentia, que no era otra cosa sino que queria parir; é mandando á las otras doncellas que la dejasen, se fué á su cámara, é con ella Mabilia é la doncella de Denamarca, que de antes tenían ya guisado todas las cosas que menester habían, convenientes al parto. Allí estuvo Oriana con algunos dolores fasta la noche, y con ellos recibiendo algun tanto de fatiga;

mas de allí adelante la afincaron mucho mas en cantidad; así que, pasó muy gran cuita é grande afan, como aquella que de aquel menester hasta entonces nada sabia; pero el gran miedo que tenia de ser descubierta de aquella afrenta en que estaba la esforzó de tal suerte, que sin quejarse lo sofria, é á la media noche plogo al muy alto Señor, remediador de todos, que fué parida de un fijo, muy apuesta criatura, quedando ella libre; el cual fué luego envuelto en muy ricos paños, é Oriana dijo que llegasen á la cama, y tomándolo en sus brazos, lo besó muchas veces.

La doncella de Denamarca dijo á Mabilia: « ¿Vistes lo que este niño tiene en el cuerpo? — No, dijo ella, que estoy ocupada, y tanto tengo que hacer en socorrer á él é á su madre para que lo pariese, que no miré á otra parte. — Pues ciertamente, dijo la doncella, algo tiene en los pechos, que las otras criaturas no han. » Estonces encendieron una vela, y desenvolviendo, vieron que tenia debajo de la teta derecha unas letras tan blancas como la nieve, é so la teta izquierda siete letras tan coloradas como brasas vivas; pero ni las unas ni las otras no supieron leer ni qué decian, porque las blancas eran de latin muy oscuro, é las coloradas en lenguaje griego muy cerrado; y de que esto vieron, tornáronlo á envolver é pusieronlo cabe su madre, é acordaron que luego fuese levado donde lo criasen, así como lo concertaran; é así se hizo, que la doncella de Denamarca se salió del palacio encobiertamente, é rodeó por defuera á la parte donde la finiestra que á la cámara salia estaba, é su hermano Durin con ella en sus palafrenes; é Mabilia en tanto habia el niño puesto en una canasta, é liado con una venda por encima, y colgándolo por una cuerda, lo bajó hasta lo poner en las manos de la doncella, la cual lo tomó y fué con él la via de Miraflores, donde como su hijo propio della se habia de criar secretamente; mas á poco de rato, dejando el derecho camino, tomaron un sendero que Durin sabia que por la floresta muy espesa de árboles guiaba, y esto hicieron por ir mas encobiertos, é Durin iba delante, y la doncella lo seguia; así llegaron á una fuente que en un llano descombrado de árboles estaba. Pero luego ende habia un valle tan espeso y tan esquivo, que ninguna persona á mala vez en él podria entrar, segun la braveza y espesura de la montaña, é allí criaban leones y otras fieras animalias, y en somo deste valle habia una pequeña ermita antigua, en que moraba aquel Nasciano ermitaño, que por muy santo y devoto hombre de todos era tenido, y acatado en tanto, que era opinion de las gentes comarcanas que algunas veces era de celestial mandar gobernado; y cuando el comer le faltaba iba lo buscar por la tierra sin que el leon ni otra animalia alguna mal le ficiese, aunque muchos dellos, yendo en su asno, continuamente encontraba; antes semejaba que homildanza le hiciesen; y cerca desta ermita habia una cueva entre unas peñas, donde una leona sus hijos pequeñuelos criaba, y muchas veces el hombre bueno los visitaba y daba de comer cuando lo tenia, sin temer la leona; antes ella cuando con ellos lo veia se apartaba dende fasta que él se iba. Con estos leoncillos, despues que habia sus horas rezado, pasaba su

tiempo, habiendo placer de los ver trebejar por la cueva.

E cuando la doncella de Denamarca y su hermano llegaron á aquella fuente, ella traía gran sed del trabajo de la noche y del camino, é dijo á su hermano: « Descendamos, y tomad este niño; que quiero beber. » Él tomó el niño así envuelto en sus ricos paños, é púsole en un tronco de un árbol que hí estaba; y queriendo decender á su hermano, oyeron unos grandes bramidos de leon que en el espeso valle sonaban; así que, aquellos palafrenes fueron tan espantados, que comenzaron de fuir al mas correr, sin que la doncella el suyo tener podiese, antes pensó que la mataria entre los árboles, é iba llamando á Dios que la socorriese; é Durin corriendo tras ella, pensando tomarla del freno y detener el palafren, y tanto corrió, que le salió delante, y lo detuvo y halló á su hermana tan mal trecha y desacordada, que á duro podia hablar, é hizola decender, é dijo: « Hermana, estad aquí; é yo iré en este palafren por el mio. — Mas id por el niño, dijo ella, y traédmelo; no le acaezca alguna cosa. — Así lo haré, dijo él, y tened este palafren por la rienda; que miedo he, si lo llevase, de le no poder llevar á la fuente. » E así se fué á pié; pero antes acaeció una extraña aventura, que á aquella leona que criaba á sus fijos que ya oistes, é diera el bramido, continuaba mucho venir cada dia á aquella fuente por tomar el rastro de los venados que en ella bebian; y como allí llegó andovo al derredor rastreando á un cabo é otro; é así andando, oyó llorar el niño, que en el tronco del árbol estaba, é fué para él é tomólo con su boca entre aquellos muy agudos dientes suyos por los paños, sin que en la carne lo tocasse; que fué porque así le plogo á Dios; é conociendo ser vianda para sus hijos, se fué con él; y esto era ya á tal sazón que el sol salia; mas aquel Señor del mundo, piadoso con aquellos que misericordia le demandan, y con los inocentes que edad ni sentido para la demandar no tienen, acorrióle en esta guisa: que habiendo aquel santo Nasciano cantado misa al alba del dia, é yéndose á la fuente por folgar hí, que la noche habia sido muy calurosa, vió cómo la leona llevaba el niño en su boca, el cual lloraba con flaca voz, como desa noche nacido, y conoció ser criatura; de lo cual fué muy espantado adonde tomado lo habia, é luego alzó la mano é santiguólo, é dijo á la leona: « Véte, bestia mala, y deja la criatura de Dios; que la no hizo para tu gobierno. » E la leona, blandiendo las orejas, como que falagaba, se vino á él muy mansa é puso el niño á sus piés, é luego se fué; y Nasciano fizo sobre él la señal de la veracruz, y despues tomólo en sus brazos, é fué con él á la ermita, é pasando cabe la cueva donde la leona criaba sus fijos, vióla que les daba la teta, é díjole: « Yo te mando de parte de Dios, en cuyo poder son todas las cosas, que quitando las tetas á tus fijos, las des á este niño, y como á ellos, lo guardes de todo mal. » La leona se fué á echar á sus piés, y el hombre bueno puso el niño á las tetas, y echándole de la leche en la boca, le hizo tomar la teta é mamó, y de allí adelante venia con mucha mansedad á le dar á mamar todas veces que era menester. Mas el ermitaño envió luego á un su mozuelo, que á las

misas le ayudaba, que era su sobrino, que muy presto fuese y llamase á su madre é á su padre, que luego fuesen con él sin otra compañía alguna, porque mucho los habia menester. El mozo fué luego á un lugar donde moraban, que era á la salida de la floresta; pero, porque el padre hí en el logar no estaba, no podieron venir hasta diez dias pasados, en los cuales el niño muy bien fué gobernado de la leche de la leona y de una cabra y una ovèja que pariera un cordero; estas lo mantenian en tanto que la leona iba á cazar para sus hijos.

Cuando Durin de su hermana se partió, como ya oistes, fué á pié lo mas presto que pudo á la fuente donde el niño dejara, é cuando no lo halló fué muy espantado, é cató á todas partes, mas no halló sino el rastro de la leona, por donde creyó verdaderamente que ella lo comiera; y con muy gran pesar é tristeza se tornó á su hermana, é como gelo dijo, ella se firió con sus palmas en el rostro, é hizo un gran llanto, maldiciendo su ventura é la hora en que naciera; que así por tal caso habia perdido todo su bien, no sabiendo cómo ante su señora pareciese. Durin la consolaba llorando, mas consuelo no era menester; que su pasion é tristeza era tan demasiada, que por mas de dos horas estuvo cómo fuera de sentido. Durin le dijo: « Mi buena señora hermana, esto que facédes es sin provecho, y dello podria recrecer gran daño á vuestra señora é á su amigo, que algo de su facienda se sopiese. » Ella vió que le decia verdad, é díjole: « Pues ¿qué harémos? que mi sentido no basta para lo saber. — Paréceme, dijo él, que, pues mi palafren es perdido, que nos debemos ir á Miraflores y estar allí tres ó cuatro dias por dar á entender que alguna causa vos allí trajo; é volviendo á Oriana, no le decir cosa desto, sino que el niño queda á buen recaudo, fasta que sea sana, y despues tomaréis consejo con Mabilia de lo que facer se debe. » Ella dijo que lo tenia por bien, y cabalgando entrambos en su palafren, se fueron á Miraflores, y en cabo de tres dias se tornaron á Oriana, y mostrando la doncella buen semblante, le dijo cómo todo quedaba fecho segun lo habia concertado. Pues tornando al ermitaño que el niño criaba, sabed que á los diez dias llegaron á él su hermana é su marido, é díjoles cómo hallara aquel niño por gran aventura, é Dios le amaba, pues así le quiso guardar, y que le rogaba lo criasen en su casa fasta que hablar sopiese, y gelo trajesen para lo enseñar. Ellos dijeron que así como lo él mandaba lo harian. « Pues quiérole baptizar, » dijo el hombre bueno, é así se fizo; mas cuando aquella dueña lo desenvolvió cabe la pila, vióle las letras blancas y coloradas que tenia, é mostrólas al hombre bueno, que se mucho dello espantó, é leyéndolas, vió que decian las blancas en latin: *Esplandian*, y pensó que aquel debía ser su nombre, é así gelo puso; pero las coloradas, aunque mucho se trabajó, no las sopo leer ni entender lo que decian; y luego fué baptizado con nombre de *Esplandian*, con el cual fué conocido en muchas tierras extrañas en grandes cosas que por él pasaron, así como adelante será contado. Esto así fecho, el ama lo levó con mucho placer á su casa, y con esperanza que por él habia de ser bien librada, no solamente ella,

mas todo su linaje, é con mucha diligencia le criaba, como quien tenía su esperanza en él. E al tiempo que el ermitaño mandó gelo trujeron muy fermoso é bien criado; que todos los que le veían folgaban mucho de lo ver.

CAPITULO V.

En que se recuenta la cruda batalla que hobo entre el rey Lisuarte é su gente con don Galvanes y sus compañeros; y de la liberalidad y grandeza que fizo el Rey despues del vencimiento, dando la tierra á don Galvanes é á Madasima, quedando por sus vasallos en tanto que en ella habitasen.

Como habeis oido, el rey Lisuarte desembarcó en el puerto de la insola de Mongaza, donde halló al rey Arban de Norgales é la gente que con él eran retraidos en un real metido en unas peñas, la cual mandó salir luego á lo llano y se juntase con la que él traía, y supo cómo don Galvanes y sus compañeros, que en el Lago Ferviente estaban, pasaron las sierras que en medio tenían, guisados para darle la batalla, é luego él movió con todos los suyos contra ellos, esforzándose cuanto podia, como aquel que lo había con los mejores caballeros del mundo; y tanto andovo, que llegó á una legua dellos ribera de un rio, é allí paró aquella noche; é cuando el alba del día pareció oyeron todos misa y armáronse, é hizo el Rey dellos tres haces. La primera hobo don Galaor, de quinientos caballeros, é con él iba su compañero Norandel y don Guilan el cuidador, y su cohermano Ladasin, é Grimeo el valiente, y Cendil de Ganota, é Nicoran de la Puente Medrosa, el muy buen justador; é la segunda haz dió al rey Cildadan con setecientos caballeros, é iban con él Ganides de Ganota, é Acédís el sobrino del Rey, é Gradasonel Fallistre, é Bramdoibas, é Tasian, é Filispinel; que todos estos eran caballeros de gran cuenta; y en medio desta haz iba don Grumedan de Nuruega, é otros caballeros que iban con el rey Arban de Norgales, que tenían cargo de guardar al Rey, sin tener que ver en otra cosa. Así movieron por el campo, que en gran manera parecía hermosa gente é bien armada; que tantos añafles y trompas sonaban, que apenas se podían oír; y posieron en un campo llano, y á las espaldas del Rey iban Baladan é Leonis con treinta caballeros. Sabido por don Galvanes y por los altos hombres que con él estaban la hacienda del rey Lisuarte y la gente que traía, como quiera que hobiese para cada uno dellos cinco hombres, y les hiciese gran mengua la prision de don Brian de Monjaste, é la ida de Agrájes para les traer viandas que les faltaron, no desmayaron por eso; antes con gran esfuerzo animaban su gente, que era poca para la batalla, como aquellos que eran de alto hecho de armas, segun esta historia ha contado, y acordaron de hacer de sí dos haces: la una fué de ciento é seis caballeros, y la otra de ciento y nueve. En la primera iban don Florestan, é don Cuadragante, y Angriote de Estravaus, y su hermano Grovadan (1), y su sobrino Sarquites, y su cuñado Gasinan, el cual llevaba el pendon de las doncellas; y

(1) Quizá el mismo llamado *Grindonan* en la pág. 171, col. 2, que tambien se dice hermano de Angriote. Todas las ediciones antiguas de Amadís que hemos consultado presentan en este lugar una misma lección.

cerca del pendon iban Branfil y el bueno de Gavarte de Val Temeroso, é Olivas, y Balais de Carsante, y Enil el buen caballero, que Beltenebros metió en la batalla del rey Cildadan; en la otra haz iban don Galvanes, y con él los dos buenos hermanos Palomir é Dragonis, é Listoran de la Torre, é Dandáles de Sadoca, é Tantá-lis el orgulloso; é cabe estas haces iban algunos balles-teros é archeros.

Con esta compañía, tan desigualada del gran número de la gente del Rey, fueron á entrar en el campo llano, donde los otros los atendían; é don Florestan y don Cuadragante llamaron á Elian el lozano, que era uno de los mas apuestos caballeros y que mejor parecía armado, que en gran parte se hallaban, é dijéronle que fuese al rey Lisuarte él y otros dos caballeros con él, que eran sus primos, y le dijese que si mandaba quitar los ballesteros é archeros de enmedio de las haces de los caballeros, que habrían una de las mas hermosas batallas que él viera. Estos tres fueron luego á lo cumplir, arredrados de las batallas, pareciendo tan bien, que mucho de todos fueron mirados; é sabed que este Elian el lozano era sobrino de don Cuadragante, hijo de su hermana y del conde Liqueado, primo cohermano del rey Perion de Gaula; y llegados á la primera haz de don Galaor, demandaron seguridad, que venían al Rey con mandado. Don Galaor los aseguró y envió con ellos á Cendil de Ganota, porque de los otros seguros fuesen, y llegados ante el Rey, dijéronle: «Señor, enviavos decir don Florestan é don Cuadragante, y los otros caballeros que allí están para defender la tierra de Madasima, que hagades, si vos place, apartar los balles-teros y archeros de entre vos y ellos, y veréis una hermosa batalla.—En el nombre de Dios, dijo el Rey, tirad los vuestros, y Cendil de Ganota apartará los míos.» Esto fue luego hecho, é aquellos tres caballeros se fueron á su compañía, y Cendil se fué á don Galaor por le contar con lo que aquellos habían al Rey venido; é luego movieron las haces unos contra otros tan de cerca, que no había tres trechos de arco, y don Galaor conoció á su hermano don Florestan por las sobrevistas de las armas, é á don Cuadragante é á Gavarte de Val Temeroso, que adelante los suyos venían, é dijo contra Norandel: «Mi buen amigo, védes allí dó están tres caballeros juntos, los mejores que hombre podría hallar: aquel de las armas coloradas y leones blancos es don Florestan, y el de las armas indias é flores de oro y leones cárdenos es Angriote de Estravaus, é aquel que tiene el campo indio y flores de plata es don Cuadragante, y este delantero de todos, de las armas verdes, es Gavarte de Val Temeroso, el muy buen caballero que mató la sierpe, por donde cobró este nombre; agora vámoslos herir.»

Luego movieron, las lanzas bajas é cobiertos de sus escudos, y los tres caballeros contrarios vinieron á los recibir; mas Norandel hirió el caballo de las espuelas y enderezó á Gavarte de Val Temeroso, é hiriólo tan fuertemente, que lo lanzó del caballo á tierra, é la silla sobre él; este fué el primer golpe que él fizo, que por todos en muy alto conienzo fué tenido; é don Galaor se juntó con don Cuadragante, é firiéronse ambos tan fieramente, que sus caballos y ellos fueron á tierra, y

Cendil se firió con Elian el lozano; y como quiera que las lanzas quebraron y fueron llagados, quedaron en sus caballos; á esta hora fueron las haces juntas, y el ruido de las voces é de las heridas fué tan grande, que los añafles y trompetas no se oían; muchos caballeros fueron muertos é feridos; é otros derribados de los caballos; gran ira é saña crecía en los corazones de ambas partes; pero la mayor priesa fué sobre defender á don Galaor é á don Cuadragante, que se combatían apriesa, trabándose á brazos, firiéndose con sus espadas por se vencer, que espanto ponían á los que los miraban, é ya eran de un cabo á otro mas de cien caballeros apeados con ellos para los ayudar é dar sus caballos; pero ellos estaban tan juntos y se daban tanta priesa, que los no podían apartar; mas aquella hora lo que hacían sobre don Galaor, Norandel é Guilan el cuidador, no se vos podría contar, é don Florestan é Angriote sobre don Cuadragante; que, como la gente mas que la suya fuese, cargaban sobre ellos, mas de sus golpes eran tan escarmentados, que les facían logar y no se osaban llegar á ellos; pero en la fin tanto se metieron entr'ellos, que don Galaor y don Cuadragante hobieron tiempo de tomar sus caballos, é como leones sañudos se metieron entre la gente, derribando y feriendo los que delante sí fallaban, ayudando cada uno á los de su parte. Aquella hora firió el rey Cildadan con su haz tan bravamente, que muchos caballeros fueron á tierra de ambas partes; pero don Galvanes socorrió luego y entró tan bravo, firiendo en los contrarios, que bien daba á entender que suyo era el debate, é por su causa aquella batalla se había juntado; que ni muerte ni peligro recelaba, ni en nada tenía en comparacion de facer daño á aquellos que tanto desamaba é venían por le desheredar; é los de su haz iban con él teniendo; é como todos eran muy esforzados y escogidos caballeros, hicieron gran daño en los contrarios.

Don Florestan, que gran saña traía, considerando ser el cabo desta cuestion Amadís, su hermano, aunque allí no estaba, y que si aquellos caballeros de su parte les convenía por su gran valor facer cosas extrañas, que á él mucho mas, andaba como un rabioso can buscando en qué mayor daño facer pudiese, é vió al rey Cildadan que bravamente se combatía é mucho daño hacia en los contrarios, tanto, que aquella hora á los suyos pasaba en bien facer, é dejóse á él ir por medio de los caballeros, que por muchos golpes que le dieron no le podieron estorbar, y llegó á él tan recio é tan codicioso de lo ferir, que otra cosa no pudo facer sino echar en él los sus fuertes brazos, y el Rey los suyos en él, é luego fueron socorridos de muchos caballeros que les guardaban; mas desviándose los caballos uno de otro, ellos fueron en el suelo de piés; é poniendo mano á sus espadas, se firieron de duros é mortales golpes; mas Enil, el buen caballero, é Angriote de Estravaus, que á don Florestan aguardaban, hicieron tanto, que le dieron el caballo; é cuando don Florestan se vió á caballo, metióse por la priesa, faciendo maravillas de armas, teniendo en la memoria lo que su hermano Amadís podiera facer si allí estuviera; y Norandel, que las armas traía rotas é por muchos logares le salía la sangre, é traía la su espada fasta el puño, de muchos golpes que con ella die-

ra, como vió al rey Cildadan á pié, llamó á don Galaor é dijo: «Señor don Galaor, védes cuál está vuestro amigo el rey Cildadan? acorrámosle; si no, muerto es.—Agora, mi buen amigo, dijo don Galaor, parezca la vuestra gran bondad é démosle caballo, y quedemos con él.» Estonces entraron por la gente firiendo y derribando cuantos alcanzaban, y con grande afán le posieron en un caballo, porque él estaba mal llagado de un golpe de espada que Dragonis le diera en la cabeza, de que mucha sangre se le iba fasta los ojos, é aquella hora no pudo tanto la gente del rey Lisuarte á la gran fuerza de los contrarios, que no fuesen movidos del campo, vueltas las espaldas, sin golpe atender, sino don Galaor é algunos otros señalados caballeros que los iban amparando y recogiendo fasta llegar donde el Rey Lisuarte estaba. El, cuando así los vió venir vencidos, dijo á altas voces: «Agora, mis buenos amigos, parezca vuestra bondad é guardemos la honra del reino de Lóndres.» E firió el caballo de las espuelas, diciendo: «Clarencia, Clarencia,» que era su apellido, é dejóse ir á sus enemigos por la mayor priesa, é vido á don Galvanes, que se bravamente combatía, é dióle tan fuerte encuentro, que la lanza fué en piezas, é fízole perder las estriberas, é abrazóse al cuello del caballo, é puso mano á su espada, é comenzó á ferir á todas partes; así que, allí mostró mucha parte de su esfuerzo é valentía, é los suyos animosamente tenían y esforzábanse con él; mas todo no valía nada, que don Florestan é don Cuadragante é Angriote é Gavarte, que todos juntos se fallaron, facían tales cosas en armas, que por sus grandes fuerzas parecía que los enemigos fuesen vencidos; así que, todos pensaron que de allí adelante no les ternían campo.

El rey Lisuarte, que así vió su gente retraída é mal trecha, fué en todo pavor de ser vencido; é llamó á don Guilan el cuidador, que mal herido estaba, y llegóse á él, é tambien el rey Arban de Norgales é Grumedan de Nuruega, é díjoles: «Veo mal parar nuestra gente; y témome de Dios que nunca serví como debía de me no dar la honra desta batalla. Agora pues farémos que yo, rey vencido ó muerto se podrá decir á su honra, mas no vencido vivo á su deshonra.» Estonces firió el caballo de las espuelas, y metióse por ellos sin ningun pavor de su muerte, é como vió á don Cuadragante venir para él, y él volvió su caballo á él, é diéronse con las espadas por cima de los yelmos tan fuertes golpes, que se hobieron de abrazar á las cervices de sus caballos; mas, como la espada del Rey era mucho mejor, cortó tanto, que le hizo en la cabeza una llaga; mas luego fueron socorridos el Rey de don Galaor y de Norandel é de aquellos que con él iban, é don Cuadragante de don Florestan y de Angriote de Estravaus; é el Rey, que vió las maravillas que don Florestan facía, fué á él, é dióle con su espada tal golpe en la cabeza de su caballo, que lo derribó con él entre los caballeros; mas no tardó mucho que no llevó el pago; é Florestan salió del caballo luego, y fué para el Rey, aunque muchos le aguardaban; y no le alcanzó sino en la pierna del caballo, y cortándogela toda, dió con él en tierra. El Rey salió del muy ligeramente, tanto, que don Florestan fué maravillado, é dió á don Florestan dos golpes de la

su buena espada; así que, las armas no defendieron que la carne no le cortase; mas Florestan, acordándose de cómo fuera suyo é las honras que dél recibiera, sufrióse de le ferir, cobriéndose con lo poco que del escudo le había quedado; mas el Rey, con la gran saña que tenía, no dejaba de lo ferir cuanto podía, y don Florestan ni por eso le quería ferir; mas trabóle á brazos, y no le dejaba cabalgar ni apartar de sí; allí fué gran priesa de los unos y de los otros por les socorrer, y el Rey se nombraba porque los suyos lo conociesen, y á estas voces acudió don Galaor y llegó al Rey é dijo: «Señor, acogedvos á este mi caballo; é ya estaban con él á pié Filispinel y Bramdoibas, que le daban sus caballos, y Galaor le dijo: «Señor, á este mi caballo os acoged.» Mas él, faciéndole que se no apease, se acogió al de Filispinel, dejando á don Florestan bien llagado con aquella su buena espada, que nunca golpe le dió que las armas y las carnes no le cortase, sin que el otro le quisiese ferir, como dicho es; y don Florestan fué puesto en un caballo que don Cuadrágante le trajo. El Rey, poniendo su cuerpo denodadamente á todo peligro, llamando á don Galaor é á Norandel é al rey Cildadan, y á otros que le seguían, se metió por la mayor priesa de la gente, firiendo y estragando cuanto ante sí fallaba, de guisa que á él era otorgada aquella sazón la mejoría de todos los de su parte; y don Florestan é Cuadrágante, é Gavarte y otros preciados caballeros resistían al Rey é á los suyos cuanto podían, haciendo maravillas en armas; pero, como ellos eran pocos, é muchos dellos maltrechos y feridos, y los contrarios gran muchedumbre de gente, que con el esfuerzo del Rey habían cobrado corazón, cargaron tan de golpe y tan fuertemente sobre ellos, que así con las muchas heridas como con la fuerza de los caballos, los arrancaron del campo fasta los poner al pié de la sierra, donde don Florestan é don Cuadrágante é Angriote é Gavarte de Val Teñeroso, despedazadas sus armas, recibiendo muchas heridas, no solamente por reparar los de su parte, mas por tornar á ganar el campo perdido, muertos los caballos, y ellos casi muertos, quedaron en el campo tendidos, en poder del Rey é de los suyos; é junto con ellos, que asimesmo fueron presos, por los socorrer, Palomir y Elian el lozano, y Branfil y Enil, y Sarquiles é Maratros de Lisando, cohermano de don Florestan, é hobo muchos muertos y heridos de ambas partes; é don Galvanes se hobiera de perder muchas veces, si Dragonis no le socorriera con su gente; pero al cabo lo sacó de entre la priesa tan mal llagado, que se no podía tener, así era fuera de sentido; é hizolo llevar al Lago Ferviente, y él quedó con aquella compañía poca que escapara, defendiendo la sierra á los contrarios. Así que, se puede decir con mucha razón que por la fortaleza del Rey é gran simpleza de don Florestan, no le queriendo herir ni estrechar, teniéndole en su poder, fué esta batalla vencida como oídes, que se debe comparar á aquel fuerte Héctor cuando hobo la primera batalla con los griegos en la sazón que desembarcar querían en el su gran puerto de Troya, que teniéndolos casi vencidos, é puesto fuego por muchas partes en la flota, donde ya resistencia no había, hallóse acaso en aquella gran priesa su cohermano Ajax Telamon, hijo

de Ansiona, su tia; é conociéndose é abrazándose á ruego suyo, sacó de la lid á los troyanos, quitándoles aquella gran vitoria de las manos, y los hizo volver á la ciudad, que fué causa que, salidos los griegos en tierra, fortalecido su real con tantas muertes é tantos buenos, tan gran destrucción aquella tan fuerte gente, tan famosa ciudad, en el mundo señalada, aterrada y destruida fuese en tal forma, que nunca de la memoria de las gentes caerá en tanto que el mundo durare. Por donde se da á entender que en las semejantes afrentas la piedad é cortesía no se debe obrar con amigo ni pariente fasta qu'el vencimiento haya fin y cabo; porque muchas veces acaece por lo semejante aquella buena dicha y ventura que los hombres aparejada por sí tienen, no la sabiendo conocer ni usar della como debían, la tornan en ayuda de aquellos que, teniéndola perdida, quitándola de sí á ellos, gela facen cobrar.

Pues á propósito tornando, como el rey Lisuarte vió sus enemigos fuera del campo, é acogidos á la sierra, y que el sol se ponía, mandó que ninguno de los suyos no se moviese por estonces adelante, é puso sus guardas por estar seguro; é porque Dragonis, que con la gente á la montaña se acogiera, tenía los mas fuertes pasos della tomados, mandó levantar sus tiendas de donde antes las tenía, é fizolas asentar en la ribera de una agua que al pié de la montaña descendía, é dijo que llamasen al rey Cildadan é á don Galaor; mas fué dicho que estaban haciendo gran duelo por don Florestan é don Cuadrágante, que eran al punto de la muerte llegados; y como él ya apeado fuese, demandó el caballo, mas por los consolar que con sabor de mandar poner remedio aquellos caballeros, por le ser contrarios; como quiera que algo á piedad fué movido en se le acordar de cómo don Florestan en la batalla que él hobo con el rey Cildadan puso su cabeza desarmada delante dél, y recibió en el escudo aquel gran golpe del valiente Gandancuriel, porque al Rey no le diese; é tambien cómo aquel día mismo le dejó de ferir por virtud. E fuése donde estaban, é consolándolos con palabras amorosas, é de los facer curar los dejó contentos; pero esto no tovo tanta fuerza, que antes don Galaor no se anorteciese muchas veces sobre su hermano don Florestan; mas el Rey los mandó llevar á una muy buena tienda, é sus maestros que los curasen, y levandó consigo al rey Cildadan, dió licencia á don Galaor que allí con ellos aquella noche quedase; y llevó consigo á la tienda misma los siete caballeros presos que ya oistes, donde los hizo con los otros curar. Así fueron, como oídes, en guarda de don Galaor aquellos caballeros feridos, desacordados, y los que presos fueron; donde con ayuda de Dios principalmente, y de los maestros, que muy sábios eran, antes que el alba del día viniese fueron todos en su acuerdo, certificando á don Galaor que, según la disposición de sus heridas, que gelos darian sanos é libres.

Otro día, estando don Galaor y Norandel, su amigo, é don Guilan el cuidador con él por le facer compañía en aquella gran tristeza en que por su hermano é por otros de su linaje estaba, oyeron tocar las trompetas é añafiles en la tienda del Rey, lo cual era señal de se armar la gente, y ellos ligaron muy bien sus llagas por

la sangre que no saliese, é armándose, cabalgando en sus caballos, se fueron luego allá, é hallaron que el Rey estaba armado de armas frescas y en un caballo holgado, acordando con el rey Arban de Norgales y el rey Cildadan é don Grumedan qué faría en el acometimiento de los caballeros que en la sierra estaban, y los acuerdos eran diversos; que unos decían que, según su gente estaba mal parada, que no era razón, fasta que reparados fuesen, de acometer sus enemigos, y otros decían que, como por estonces estaban todos encendidos en saña, si para mas dilación dejasen, que serían malos de meter en la hacienda, especialmente si Agrájes viniese en aquella sazón que á la pequeña Bretaña fuera por viandas y gente, que con él tomarían grande esfuerzo; y preguntado don Galaor por el Rey qué le parecía que se debía facer, dijo: «Señor, si vuestra gente es mal trecha y cansada, así lo son vuestros contrarios, pues ellos pocos, y nosotros muchos, bien sería que luego fuesen acometidos.—Así se haga,» dijo el Rey. Estonces, ordenada su gente, acometieron la sierra, siendo don Galaor el delantero, é Norandel su compañero, que le seguía, y todos los otros en pos dellos. E como quiera que Dragonis con la gente que tenía defendió alguna pieza los pasos y sobidas de la sierra, tantos ballesteros y archeros allí cargaron, que hiriendo muchos dellos, se los hicieron mal su grado dejar; é subiendo los caballeros á lo llano, hobo entr'ellos una batalla asaz peligrosa; mas en la fin, no pudiendo sufrir la gran gente, por fuerza les convino retraer á la villa é castillo; é luego el Rey llegó, y mandando traer sus tiendas é aparejos, asentó sob'ellos, y cercólos, é mandó venir la flota que cercasen el castillo por la mar; é porque no atañe mucho á esta historia contar las cosas que allí pasaron, pues que es de Amadís, y él no se halló en esta guerra, cesará aquí este cuento.

Solamente sabed que el Rey los tovo cercados trece meses por la tierra y por la mar, que de ninguna parte fueron socorridos; que Agrájes fuera doliente, y tampoco no tenía tal aparejo que á la gran flota del Rey pudiese; é faltando las viandas á los de dentro, se comenizó pleitesía entr'ellos que el Rey soltase todos los presos libremente, é don Galvanes asimesmo los que en su poder tenía, y que entregase la villa é castillo del Lago Ferviente al Rey, é toviesen treguas por dos años; é como quier que esto fuese ventaja del Rey, según la gran reguridad suya, no lo quería otorgar, sino que hobo cartas del conde Argamonte, su tío, que en la tierra quedara, cómo todos los reyes de las insolas se levantaban contra él, veyéndole en aquella guerra que estaban, y que tomaban por mayor é caudillo al rey Arábigo, señor de las insolas de Landas, que era el mas poderoso dellos, y que todo esto había urdido Arcalaus el encantador; qu'él por su persona andoviera por todas aquellas insolas, levantándolos é juntándolos, haciéndoles ciertos que no hallarian defensa ninguna, y que podrían partir entre sí aquel reino de la Gran Bretaña; aconsejando aquel conde Argamonte al Rey que, dejadas todas cosas, se volviese á su reino. Esta nueva fué causa de traer al Rey al concierto, que él por su voluntad no quisiera sino tomarlos y matarlos todos; así que, el concierto fecho, el Rey, acompañado de mu-

chos hombres buenos, se fué á la villa, que las puertas halló abiertas, é de allí al castillo, é salió don Galvanes é aquellos caballeros que con él estaban, é Madasima, cayéndole las lágrimas por sus hermosas faces, y llegó al Rey é dióle las llaves, y dijo: «Señor, faced desto lo que vuestra voluntad fuere.» El Rey las tomó é las dió á Bramdoibas. Galaor se llegó á él é dijole, «Señor, medida y merced, que menester es; é si y'os servi, niémbreose á esta hora.—Don Galaor, dijo el Rey, si á los servicios que me habeis fecho yo mirase, no se fallaría el galardón aunque yo mill tanto de lo que valgo valiese, y lo que aquí faré no será contado en lo que á vos debo.» Entonces dijo: «Don Galvanes, esto que por fuerza contra mi voluntad me tomastes, y por fuerza lo torné á ganar, quiero yo de mi grado, por lo que vos valeis, y por la bondad de Madasima, é por don Galaor, que afincamente me lo ruega, que sea vuestro; quedando en el mi señorío y vos en mi servicio, y los que de vos vinieren, que como suyo lo habrán.—Señor, dijo don Galvanes, pues que mi ventura no me dió lugar á que lo yo hobiese por aquella via que mi corazón deseaba, como quien ha cumplido todo lo que debía, sin faltar ninguna cosa, lo recibo en merced, á tal condición, que en tanto que lo poseyere sea vuestro vasallo; é si otra cosa mi corazón se otorgare, que dejádooslo libre, libre quede yo para facer lo que quisiere.» Luego los caballeros del Rey que allí estaban le besaron las manos por aquello que ficiera, é don Galvanes é Madasima por sus vasallos. Acabada esta guerra, el rey Lisuarte acordó de se tornar luego á su reino, é así lo hizo, que folgando allí quince días, en que así é como los otros que feridos estaban fueron reparados, tomando consigo á don Galvanes, y de los otros los que con él ir quisieron, entró en flota, é navegando por la mar, aportó en su tierra, donde falló nuevas de aquellos siete reyes que contra él venían. E aunque en mucho lo toviese, no lo daba á entender á los suyos, antes mostraba que lo tenía en tanto como nada; é salido de la mar, fuése donde la Reina estaba, de la cual fué recibido con aquel verdadero amor que della amado era; é allí, sabiendo las nuevas ciertas cómo aquellos reyes venían, no dejando de holgar é haber placer con la Reina é su hija é sus caballeros, aparejaba las cosas necesarias para resistir aquella afrenta.

CAPITULO VI.

Que recuenta cómo Amadís é don Bruneo quedaron en Gaula, y don Bruneo estaba muy contento é Amadís triste. Y cómo se acordó de apartar don Bruneo de Amadís, yendo á buscar aventuras, é Amadís é su padre el rey Perion é Florestan acordaron de venir á socorrer al rey Lisuarte.

Cómo el rey Cildadan é don Galaor partieron de Gaula, quedaron allí Amadís é don Bruneo de Bonamar; mas aunque se amaban de voluntad, eran muy diversos en las vidas; que don Bruneo, estando allí donde su señora Melicia era, é hablando con ella, todas las otras cosas del mundo eran fuidas é apartadas de su memoria; pero Amadís, siendo alejado de su señora Oriana, sin ninguna esperanza de la poder ver, ninguna cosa presente le podía ser sino causa de gran tristeza y soledad. E así, acaeció que cabalgando un día por la ri-